



«Vosotros sois la sal de la tierra (...) vosotros sois la luz del mundo (...) Que vuestra luz brille ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos» (Mt 5, 13-16).

El Señor nos llama para ser sal y luz del mundo, para escoger el bien, vivir en la justicia, para convertirnos en instrumentos de amor y paz. Su llamada siempre ha exigido una elección entre lo bueno y lo malo, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte.

“Los cristianos -decía Juan Pablo II - no pueden dejar de sentir en sus corazones el orgullo y la responsabilidad de su llamada a ser testigos de la luz del Evangelio”.

¡Que la luz de Cristo brille en nuestras vidas!

Cristo es la luz del mundo, y quiere necesitar de nosotros para que esa luz alcance a iluminar los corazones de muchos. Siempre vale la pena decirle: cuenta conmigo, Señor.

(Juan Pablo II)

Solo se puede ser luz en la medida que viva unida a Cristo-luz, en la medida que reciba de él la luz...

Seamos Testigos de la Luz... La luz no se impone, simplemente alumbra y despierta interrogantes.

“Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos

- ✚ Ayúdame, Señor, a ser luz para los demás...
- ✚ A que mis ojos puedan ser los tuyos...
- ✚ A que mi abrazo transmita tu fuerza...
- ✚ A que mi sonrisa te acerque a los otros...
- ✚ A que mis manos lleven tus caricias...
- ✚ A que mis pies abran caminos hacia Ti...
- ✚ A que mi presencia deje entrever,
Ayúdame, Señor,
- ✚ A ser luz para los demás. que Tú habitas
en mi vida.

